



ACTO SEGUNDO

Sala elegante: puerta en el fondo: á la izquierda dos puertas: á la derecha una puerta y un balcón: una papelería á la derecha: una mesa á la izquierda, y á su lado el sillón de Clermont

ESCENA PRIMERA

CLERMONT en su sillón. VICTORINA leyendo un periódico. MATILDE á la derecha, cabizbaja y reflexiva

CLERMONT. Vamos, Victorina, lee tú, porque Matilde debe estar cansada.
 MATILDE. (Volviendo en sí.) ¿Yo? ¡No, querido, no lo estoy!
 CLERMONT. Sí, sí; y es natural. En un año que llevo de hacer el Belisario, ó el Edipo, no solamente has sido mi Antígona, sino también mi lectora cotidiana, lo cual es un poco pesado; ¡y digo, con las novelas del día! Horcas, puñales, tósigos, brujas; y dale y vuelta... ¡Oh! ¡Eres un modelo de amor conyugal!
 MATILDE. ¿De veras?
 CLERMONT. ¡No me sorprende! Siempre dije yo que eras tú capaz de todo por mí.
 VICTORINA. ¡En verdad, señor, que no entiendo cómo podéis estar siempre tan alegre!
 CLERMONT. ¿Y por qué he de estar triste? ¿Porque he perdido la vista? ¡El llorar no me la había de volver, al contrario! Ya he tomado mi partido, y estoy... como están todos los ciegos: alegres como una Pascua. ¡Y es cosa clara! No ven la realidad y su imaginación se lo embellece todo; su vida es una continua ilusión; todo lo que les rodea es siempre nuevo, fresco y brillante; las mujeres que ellos aman tienen siempre veinte años; para ellos los árboles nunca se despojan de su verdor; en fin, es una dichosa ficción, un sueño continuo del que no se despierta jamás. ¡Yo, por mi parte, confieso que le encuentro tantas ventajas! (Tomando la mano de Matilde.) ¡Y luego hay aquí quien cuida tan cariñosamente al pobre ciego!.. ¡Con tanta bondad..., con tanto amor!., que no sé si ganaría recobrando la vista.
 VICTORINA. ¿De veras?
 CLERMONT. Haz la prueba.

VICTORINA. Muchas gracias. Prefiero tener mis ojos corrientes.
 CLERMONT. Por coquetería. Porque son bonitos.
 VICTORINA. No; porque son buenos.
 CLERMONT. ¡Hola! Pues si son buenos, léeme ese periódico, vamos. Matilde, ¿dónde estás?
 MATILDE. Aquí..., á tu lado.
 CLERMONT. ¡Ah, sí!.. Temía que te hubieses marchado.
 VICTORINA. (Leyendo.) «Política interior. – Cámara de los diputados...»
 CLERMONT. Pasa, pasa adelante. La política... no es nada divertida.
 VICTORINA. (Leyendo.) «Noticias extranjeras.» ¡Ah! Aquí hay una cosa que os debe interesar. «El doctor Grimseller, de Berlín, acaba de poner el sello á su reputación con la maravillosa cura que ha hecho al príncipe Alberto de Schwartzemberg, que se hallaba ciego hacía veinte años...»
 CLERMONT. (Interrumpiéndola.) ¡Aguarda! ¿No es ese el mismo de quien tanto nos hablaron, un célebre facultativo?..
 MATILDE. Sí, querido.
 CLERMONT. Ya, ya me acuerdo; yo hice que le escribieran pocos meses ha...
 VICTORINA. ¿Y qué respondió?
 CLERMONT. Que por la relación que se le hacía estaba seguro de curarme.
 VICTORINA. Pues entonces, señor, vámonos al instante á Berlín.
 CLERMONT. Es que en la carta había una posdata, en la cual pedía por la cura la friolera de veinte mil francos: nunca lleva menos.
 VICTORINA. ¡Ay, Dios mío!
 CLERMONT. Lo cual, unido á los gastos del viaje, hace una suma bastante respetable.
 MATILDE. Que acaso podríamos reunir...
 CLERMONT. Sí..., si yo pudiera agarrar mi paleta y mis pinceles. Pero ahora, hagamos cuenta, Matilde mía, que hemos vuelto ya de Berlín, y que no hemos podido ver al rey de Prusia.
 VICTORINA. ¡Qué lástima!
 CLERMONT. A menos que el doctor Grimseller quisiera hacerlo de fiado, enviándole yo luego un hermoso cuadro de Homero.
 VICTORINA. Y puede ser que consienta.
 MATILDE. (Que hasta ahora ha permanecido con el codo apoyado en la mesa, y casi sin atender, mira de repente al reloj.) ¡Dios mío, qué tarde es! ¡Victorina, di á Agustín que vaya á buscarme un coche!
 VICTORINA. Voy, señora: los hay aquí cerca..., en el *boulevard*. (Vase.)

ESCENA II

CLERMONT, MATILDE

CLERMONT. ¡En el *boulevard*! ¡Ah, sí; el *boulevard de los Italianos*, que es donde vivimos hace algún tiempo!
 MATILDE. Sí, querido.
 CLERMONT. ¿Nos costará muy caro?
 MATILDE. No tal: tenemos un cuarto mediano..., decente.
 CLERMONT. Y como está inmediato al paseo, nos conviene por causa del niño.

MATILDE. Eso es.

CLERMONT. ¿Y vas á salir con él?

MATILDE. Por supuesto.

CLERMONT. Vuelve pronto, ¿sí? ¡Algunas veces vienes á casa tan tarde!., y cuando no estás á mi lado, es mayor la obscuridad que me rodea.

MATILDE. Haré lo posible...

CLERMONT. (Con tono festivo.) No me des que sentir: ya ves la confianza que tengo en ti., una confianza ciega: no sería justo que me engañases, (Movimiento de Matilde.) ni tendría mérito... Aguarda un poquito... (Alargando la mano.) ¿Dónde estás?

MATILDE. Aquí...

CLERMONT. (Tomándole la mano.) ¡Tienes la mano fría, mi vida! ¡No me atrevo á hablarte de asuntos de la casa, porque temo entristecerte! ¿Cómo nos hallamos?..

MATILDE. He vendido todo lo inútil, y he pagado las principales deudas.

CLERMONT. Al vizconde lo primero...

MATILDE. Bien lo sabes, puesto que tú mismo quisiste entregárselo en su mano.

CLERMONT. Es verdad; y has de saber..., hasta ahora no te lo había dicho..., que al tiempo de darle las gracias le solté una indirecta..., así..., muy cortés y rebozada, para que no volviera á poner los pies en esta casa. (Movimiento de Matilde.) No te enfades por eso. Ya ves, mi temor es natural. Si cuando tenía mi vista clara no veía lo que pasaba, ¡qué tal ahora!

MATILDE. ¿Y por qué sospechas?

CLERMONT. ¡No, Matilde mía! Nada, nada sospecho; pero como tú me has alabado tanto su proceder con respecto á nosotros...

MATILDE. Es cierto.

CLERMONT. Decías que se había portado tan noblemente...

MATILDE. Es cierto.

CLERMONT. Y continuamente me lo has estado elogiando...

MATILDE. Alguna vez.

CLERMONT. A cada paso: y yo, que como buen ciego, soy observador y caviloso, decía para mí: «Los dos pertenecen á la misma clase, los dos son de una cuna elevada..., esto engendra siempre simpatías...» (Movimiento de Matilde.) ¡Ah, perdóname! No sé lo que me digo..., soy un majadero; pero en fin, me alegraría que no le vieras más., me lo has ofrecido.

MATILDE. (Titubeando.) Sí.

CLERMONT. Ya estoy tranquilo.

ESCENA III

DICHOS, EL VIZCONDE, que aparece en el fondo.

MATILDE. (Viéndole.) ¡Cielos! (Aparte.) ¡Venir aquí! ¡Qué imprudencia! (Le hace señas de que se vaya: el vizconde le alarga un papel; ella lo toma y le manda de nuevo que se marche: el vizconde desaparece por el foro.)

MATILDE. (Adelantándose y mirando al papel.) ¡Esta noche á las ocho! (Dobla el papel y lo rasga.)

ESCENA IV

DICHOS, AGUSTÍN á la puerta del foro

AGUSTÍN. Señora, el coche está á la puerta.

CLERMONT. ¡Adiós, Matilde mía, adiós: que te pasees mucho; (Riendo.) de buena gana iría contigo; pero entonces tendrías que cuidar de dos niños, y esa es demasiada pejiugera! ¡Adiós, adiós! (Dirígese Matilde al fondo á ponerse el chal y el sombrero: Clermont cesa poco á poco de reir, y su fisonomía toma un aspecto triste y sombrío. — Con tristeza.) Ya se fué. ¡Solo! ¡Siempre solo!

MATILDE. (Llégase á él para despedirse de nuevo.) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

CLERMONT. (Volviendo á poner el rostro risueño.) Nada, nada. ¡Estabas aquí todavía! Nada: me estaba riendo... ¿No has visto que me estaba riendo? No te inquietes: ahora vamos á reir mucho Agustín y yo: ¡adiós, adiós!

ESCENA V

CLERMONT, AGUSTÍN

AGUSTÍN. ¡Sí, á reir! ¡Dichoso vos que estáis siempre alegre! Yo estoy siempre rabiando.

CLERMONT. ¿Y por qué?

AGUSTÍN. Por muchas razones.

CLERMONT. ¿Cuáles son?

AGUSTÍN. ¡Son... muchas!

CLERMONT. Dime una.

AGUSTÍN. En primer lugar, he perdido mi carrera: yo era vuestro discípulo, y ahora no cojo más pincel que el cepillo de las botas. Yo, que tenía mis esperanzas de llegar á ser pintor de muestras, y poner mi tienda, y que vinieran allí á que les pintara la botella de cerveza, y el queso de bola, y el barrilito de anchoas..., porque vos me habéis dicho que tenía disposición; y en lugar de eso...

CLERMONT. Aburrirte aquí todo el día al lado de un amo ciego.

AGUSTÍN. El día es lo de menos: si tuviera uno siquiera la noche... Hoy verbigracia... tengo yo un amigo que es músico de la ópera italiana y me ha regalado un billete.

CLERMONT. ¡Hola! ¡Tú tienes relaciones con los músicos! .

AGUSTÍN. Sí, señor: es el timbalero de la orquesta, y dicen que redobla con mucho primor; y y como yo no he ido nunca á la ópera...

CLERMONT. ¿Y qué has de hacer allí?

AGUSTÍN. ¡Qué sé yo! Ver.

CLERMONT. Allí no se ve nada: todo es para las orejas.

AGUSTÍN. ¡Oh! Pues eso no me falta: ya sabéis que las tengo famosas.

CLERMONT. Te vas á fastidiar.

AGUSTÍN. Puede ser...; pero me fastidiaré gratis, y eso siempre es un gusto.

CLERMONT. Pues lo siento; pero hoy no puede ser: irás otro día.

AGUSTÍN. ¡Qué! Si hoy es el último..., 31 de marzo... Se cierra el teatro.

CLERMONT. Ten paciencia, porque esta noche creo que mi mujer tiene que salir con Victorina.

AGUSTÍN. ¡Eso es! Nosotros aquí siempre solos, mientras la señorita Victorina y su ama...

CLERMONT. Hacen bien: yo soy el primero que deseo que se distraiga, porque tengo una idea que me persigue siempre y me hace ser el más desgraciado de los hombres.

AGUSTÍN. ¡Cómo! Pues siempre os estáis riendo...

CLERMONT. ¡Por eso mismo! Delante de Matilde finjo una alegría que no hay aquí. (Señalando su corazón.) ¡Aquí no hay más que desesperación! ¡Muerto para lo presente! ¡Muerto para el porvenir! ¡Y mi arte! ¡Aquel arte que era mi orgullo, perdido, perdido para siempre! ¡A los treinta y cuatro años! ¡Cuando siento todavía en mi pecho el fuego de la inspiración, que abrasa, que devora! (Dándose en la frente.) ¡Cuando tengo aquí cien cuadros que nunca verán la luz! ¡Y así iré envejeciendo!.. ¡Ah! ¡El artista debería morir cuando muere para la gloria! — ¡Pero no es este el más cruel de mis tormentos: yo no me atrevo á preguntar á nadie, y estoy seguro de que Matilde se hallará en mil apuros, quizá en la miseria muy pronto!

AGUSTÍN. No sé..., pero lo que es hasta ahora vamos muy bien.

CLERMONT. (Con vehemencia.) ¿No me engañas, Agustín? ¿No te han encargado que me engañes? Dime, la casa en que vivimos...

AGUSTÍN. ¡Es una casa soberbia! Señor, en el mejor barrio de París, con unos muebles que ya, ya.

CLERMONT. Cómo, ¿no los ha vendido?

AGUSTÍN. (Haciéndole tocar una silla.) No, señor: mirad, la misma sillería... ¡Verdad es que yo le doy unos frotos!..

CLERMONT. ¡Ya!.. Se habrá deshecho de mis cuadros, de mis bocetos, de mi *Francisca de Rímíni*, que aún no estaba acabada...

AGUSTÍN. Puede ser.

CLERMONT. ¡Se habrá vendido bien! (Dando un suspiro.) ¡Un pintor ciego... es como si hubiese muerto! Así habrá pagado las deudas. Pero para vivir como vivimos, para que á mí no me falte nada, mi pobre Matilde se privará de todo.

AGUSTÍN. ¡La señora!.. Nunca la he visto más guapa, ni más lujosa. ¡La semana pasada, sin ir más lejos, le trajeron dos vestidos de baile más magníficos!..

CLERMONT. ¡Vestidos de baile!

AGUSTÍN. Tendría que ir á alguno, y por eso sería... Pero, señor, lo que me tiene frito..., ya que se ha tocado el punto, quiero contaros todas mis penas..., lo que me tiene frito es que la señorita Victorina, que había renunciado, lo mismo que yo, á su salario, estrena cada lunes y cada martes... un gorro, un delantal..., ayer mismo una cruz de oro...

CLERMONT. ¿Y qué te importa eso?

AGUSTÍN. ¿Qué me importa? ¡Si pudierais verme la cara de Nerón que tengo! Me importa, sí, señor, porque todas esas cosas se las regala un amante que tiene.

CLERMONT. ¡Un amante!..

AGUSTÍN. Sí, señor, un amante..., un cortejo..., un gran señor..., el vizconde de Rethél.

CLERMONT. ¡El vizconde!..

AGUSTÍN. ¡Hace un año que lo estoy maliciando, y vos os burlabais de mí! Pero ahora ya no tengo duda.

CLERMONT. ¿Pero cómo puede ser eso? Hace ya muchos meses que el vizconde no pone los pies en esta casa ..

AGUSTÍN. ¡Que si quieres! Acabo yo de encontrarlo ..

CLERMONT. ¿Dónde?

AGUSTÍN. Aquí mismo: hace un ratito estaba en la antesala cuando yo entré.

CLERMONT. Te equivocas: ¡eso no es posible!

AGUSTÍN. ¡Por vida del!.. ¡Señor, me haréis condenar! ¿Queréis saber más que yo, que tengo mis dos ojos buenos y sanos, y que no hago más que observar y escudriñar todo el día? ¡Y si yo os dijera otras cosas!.. ¡Pero más vale callarlas, para que nadie las sepa, y ojalá no las supiera yo!

CLERMONT. ¡Vamos, habla..., di!

AGUSTÍN. Pues señor, hará cosa de un mes, una noche..., serían las doce..., vos estabais durmiendo como un lirón..., oigo en el cuarto de la señora la voz de Victorina; póngome á mirar por la cerradura, y veo al vizconde en conversación con Victorina.

CLERMONT. (Con viveza.) ¿Y mi mujer?

AGUSTÍN. ¡No estaba allí! ¡Pues esa es la más negra! Si hubiera estado, no teníamos caso; pero aún no había vuelto á casa.

CLERMONT. ¡Después de las doce!

AGUSTÍN. A poco sentí abrir la puerta; me escondí, y el vizconde se marchó..., pues, por miedo de que la señora lo encontrara.

CLERMONT. (Aparte.) ¡O acaso para ir á buscarla! — ¿Y tú estás seguro de que quiere á Victorina? ¿De que vino por verla?

AGUSTÍN. ¡Vaya! Pues si se está arruinando por ella; sí, señor, lo dicho, se está arruinando por esa criatura. Ayer, ayer mismo ella estaba aquí, en esta pieza, y yo allí, detrás de la puerta, que ella había cerrado. Pues señor, yo estaba así mirando...

CLERMONT. (Impaciente.) Por la cerradura, vamos...

AGUSTÍN. Sí, señor; y no sé cómo no me dió un síncope, viendo á la señorita Victorina que tenía en la mano una caja con un aderezo de diamantes, ¡y lo miraba con unos ojos..., que parecía que se lo iba á comer! Del estremecimiento que me dió por poco desquicio la puerta; y entonces oí un ruido como de cerrar esa papelera, y la taimada escapó como un gamo.

CLERMONT. (Colérico.) ¡Basta, basta!

AGUSTÍN. ¡Ya veis!.. ¿Cómo he de competir yo con uno que la regala diamantes, yo que no tengo más galas que mis prendas personales? (Viendo que Clermont se ha levantado y atraviesa el teatro á tientas.) ¿Qué es eso, señor? ¿Dónde vais?

CLERMONT. Aquí..., á esta papelera; tengo que escribir...

AGUSTÍN. ¡Escribir vos! ¡Estáis loco, señor!

CLERMONT. (Impaciente.) No..., son unas cartas., unos papeles que quiero buscar. ¡Ea, vete, déjame; quiero estar solo! (Agustín se va por la derecha. Clermont abre la papelera y saca la caja.) ¡Ah! (La abre, toca los diamantes, y dice aparte.) ¡Era verdad!

ESCENA VI

CLERMONT, MATILDE, que sale apresurada por la puerta del foro, ve el aderezo en manos de Clermont y hace un movimiento de temor que reprime inmediatamente

MATILDE. ¿Qué haces aquí, querido?

CLERMONT. (Aparentando serenidad.) ¡Yo..., nada! He abierto maquinalmente esta pa-

pelera, y me he encontrado aquí... casualmente con un aderezo... que no sabía que tuvieses.

MATILDE. (Con sonrisa fingida.) Es verdad; no es mío.

CLERMONT. ¡Ah!

MATILDE. (Con empacho.) Es un depósito que me han confiado y que pertenece...

CLERMONT. ¿A quién?

MATILDE. A una antigua amiga mía ..., la única que trato de cuantas conocí de soltera, la condesa de Givry.

CLERMONT. En efecto, me la has nombrado algunas veces; ¿no tenía un pleito?..

MATILDE. (Con viveza.) Efectivamente. La pobre Adela se casó con un jugador que le ha arruinado casi todos sus bienes; y por salvar esos diamantes, único resto de su dote, me los ha confiado: he aquí todo el misterio; y como este secreto no era mío, no te lo he revelado.

CLERMONT. (Aparte.) ¡Ah, no sepa nunca que he sospechado de ella!

MATILDE. ¿Qué tienes, di?

CLERMONT. (Tomándole la mano.) Tenía necesidad de verte... Sí, de verte; porque yo te veo cuando tengo tu mano entre las mías; cuando no, Matilde, todo es noche para mí; y durante la noche ya sabes que hay ensueños..., ¡y qué malos ensueños á veces! Pero estando tú á mi lado, creo que amanece y me despierto; y hoy necesito estar despierto; conque no te apartes de mí.

MATILDE. (Con empacho.) Y esta noche que tenía yo un compromiso, una reunión donde me esperan, donde he dado palabra de ir...

CLERMONT. ¿En casa del dueño de nuestra antigua habitación?

MATILDE. (Con viveza.) Justamente. ¡Se ha portado tan bien con nosotros!

CLERMONT. Todos los martes vas; bien puedes faltar un día y dedicármelo á mí.

MATILDE. (Aparte.) ¡Oh, Dios mío!

CLERMONT. ¡Yo te lo pido! ¡Yo te lo suplico! ¡Dame ese gusto!

MATILDE. (Aparte mirando al reloj.) ¡Cómo haré! ¡Van á dar las ocho!

CLERMONT. ¡Si supieras cuánto te lo agradecería! ¡No salgas! ¡Quédate aquí esta noche conmigo y con nuestro hijo!

MATILDE. ¡Ah, si pudiera!

CLERMONT. Sí que puedes... Mira, tengo tantas cosas que preguntarte y que decirte... Yo haré de modo que no te aburras mucho: te hablaré de mi viaje á Rusia, cuando era soltero, y de los tres años que pasé allí por ti; (Con intención.) ¡tres años... es algo más que una noche!

MATILDE. (Conmovida.) ¡Ah sí, tienes razón! ¡Me quedo, me quedo á tu lado!

CLERMONT. ¡Enhorabuena!, y te lo agradeceré mucho, porque veo que haces un sacrificio.

MATILDE. (Dirigiéndose á la derecha.) ¡No, nada de eso! Voy á mi cuarto; escribiré una carta...

CLERMONT. ¡Bien!

MATILDE. Escribiré que no me es posible... porque..., ¡no sé por qué decir!

CLERMONT. ¡Di que yo te lo he exigido, ó más bien que estás indisputada, no piensen que te tiranizo!

MATILDE. (Aparte, reflexionando.) ¡Y con quién envió la carta! ¡Victorina no ha venido todavía..., ¡y á la hora que es!..., ¡ya me esperan..., me están esperando! (Mirando al reloj.) ¡Ah, las ocho! ¡No puedo faltar!..., ¡yo no me pertenezco! (Finge entrar en su cuarto, cuya puerta cierra con cuidado; dirígese de puntillas hacia la puerta del foro y desaparece.)

ESCENA VII

(Empieza á obscurecer.) CLERMONT solo. Luego, AGUSTIN

CLERMONT. Ha entrado en su cuarto. ¡Qué noche tan deliciosa vamos á pasar... aquí juntitos! ¡Gracias á Dios que se me logra un placer que tanto deseaba! Estoy loco de contento. (Tirando de la campanilla.) ¡Agustín! ¡Agustín!

AGUSTIN. Aquí estoy, señor.

CLERMONT. ¡Ven acá, y dame la mano: vamos, alégrate, que eres un borrico!

AGUSTIN. ¡Cómo es eso, señor!

CLERMONT. Eres un celoso majadero: hacías mal en sospechar de Victorina.

AGUSTIN. Conque lo que yo he visto con mis propios ojos...

CLERMONT. Los ojos nos engañan, y la mitad de las veces vale más no tenerlos.

AGUSTIN. ¡Eso es vanidad!

CLERMONT. En fin, si todas tus sospechas son como la del aderezo, puedes estar tranquilo.

AGUSTIN. ¿De veras?

CLERMONT. ¡El aderezo no es suyo, yo lo sé!

AGUSTIN. ¿Me lo aseguráis vos?

CLERMONT. ¡Sí, hombre, sí! ¡Un aderezo de brillantes á esa muchacha!, sólo un majadero como tú cree semejante cosa. (Va obscureciendo más.)

AGUSTIN. ¡Qué queréis, cuando á uno se le mete una de esas ideas en la cabeza, da vueltas, y vueltas, y vueltas!.. Vos no sabéis lo que es estar celoso.

CLERMONT. (Aparte.) ¡Ojalá! — Vaya, para que acabes de alegrarte, vete esta noche á la ópera, y saca el jugo al billete que te han regalado.

AGUSTIN. (Gozoso.) ¿De veras, señor?

CLERMONT. ¡Sí: mi mujer no sale, se queda á hacerme compañía, y estando ella, no necesito á nadie!

AGUSTIN. ¡Qué contento estoy!, voy á acicalarme: me pondré la *casaca* nueva... Si necesitáis algo, Victorina acaba de llegar; la he visto, y no sé de dónde viene. ¿Vos no la habíais enviado?..

CLERMONT. Yo no. (Obscurece más.)

AGUSTIN. Entonces habrá sido la señora. ¿Si quisierais, mientras yo estoy en el teatro, no perderla de vista?..

CLERMONT. ¡Yo!..., ¡tonto!

AGUSTIN. (Dándose en la frente.) ¡Es verdad! ¡Soy un pollino! Voy, voy. ¿No hace falta nada? Sí, luces, que ya es de noche.

CLERMONT. ¿Y qué me importa?

AGUSTIN. Las traeré antes de irme..., al instante. (Vase por la puerta del foro, cerrándola.)

ESCENA VIII

(Noche.) CLERMONT solo

¡Está loco! ¡Traerme luces!, ¿á qué?, ¡para mí siempre es de noche! Pero al pobre le duran aún los celos: es enfermedad que no se cura tan pronto; y lo peor que tiene es el ser contagiosa: ¡se pega que es una maravilla!, ¡á mí casi me coge!

¡Oh! Yo sospechar de mi Matilde!, ¡de la virtud misma! ¡Yo desconfiado y celoso!, ¡una de las muchas miserias que engendra mi triste situación! Me parece que siento pasos... ¡Será Matilde que viene ya! ¡No, no son esas sus pisadas: las conozco yo tan bien!

VIZCONDE. (En la puerta del foro, que está cerrada.) ¡Victorina, Victorina!

CLERMONT. Es la voz del vizconde: ¡aquí, á estas horas! ¡Si tendrá razón Agustín! ¡Si querrá seducir á esa pobre muchacha! (Levántase y ocúltase á tientas en el gabinete de la izquierda, que está cerca de su sillón.)

VIZCONDE. (Llamando á la puerta del foro.) ¡Victorina! (Abre la puerta y sale.) No me responde: y á nadie he encontrado hasta aquí: está esto tan oscuro, que no sé si acertaré con la puerta. (Adelántase y va á llamar á la habitación de Matilde.)

ESCENA IX

VICTORINA, EL VIZCONDE. (Clermont entreabre la puerta.)

VICTORINA. ¿Quién llama aquí?

VIZCONDE. ¡Chit!.. ¡Calla!

VICTORINA. (En voz baja.) ¿Sois vos, señor vizconde?

VIZCONDE. (Idem.) Toma esta carta para tu señora: entrégasela al instante.

VICTORINA. ¿No la veréis vos esta noche?

VIZCONDE. No me es posible: tengo que hacer mil diligencias para preparar el viaje.

VICTORINA. Mucho va á sentir no veros.

VIZCONDE. Esta carta la tranquilizará; y si despacho pronto los preparativos de viaje, iré un instante á verla, para que sepa que todo está dispuesto.

VICTORINA. ¡Haced lo posible!

VIZCONDE. Pues bien: dile que me espere allí.

VICTORINA. Ya sabéis el cuarto: número 2, el mismo de ayer.

VIZCONDE. Ya sé.

VICTORINA. No tardéis, marchaos. ¡Ah! ¿Y la carta? (Guiándolo hacia el foro.)

VIZCONDE. Toma. — ¡Cuidado!

ESCENA X

DICHOS, AGUSTÍN, vestido, sale por el foro con un candelabro de dos velas

AGUSTIN. (Viendo al vizconde y á Victorina, que lo lleva de la mano.) ¡San Agustín me valga!

VIZCONDE. (Sacudiéndolo de un brazo.) ¡Silencio! ¡Cuenta con mi protección si callas; pero pobre de ti si hablas! (Vase precipitadamente.)

ESCENA XI

AGUSTÍN, VICTORINA. Luego, CLERMONT

AGUSTIN. ¡Si hablo!.. (Arrancando de pronto la carta que Victorina atónita tiene en la mano.)

¡Pues quiero hablar! ¡Quiero gritar!

VICTORINA. ¡Sr. Agustín, Sr. Agustín, volvedme esa carta, y callad..., callad por Dios!

AGUSTIN. ¡También ella quiere que calle! Falsa, ingrata. (Victorina le pone la mano en la boca.) ¡No me da la gana! ¡Quiero gritar! ¡Quiero publicar que me están engañando! (Clermont abre la puerta, sale y se adelanta hacia el medio del teatro, pálido y trémulo.)

VICTORINA. (Da un grito al verlo.) ¡Ah! ¡El amo! (Aparte.) Voy corriendo á avisar á la señora. (Vase precipitada.)

ESCENA XII

CLERMONT, AGUSTÍN

CLERMONT. (Queriendo disimular.) ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es eso?

AGUSTIN. ¿Qué ha ocurrido? ¿Señor! ¿Qué ha ocurrido? ¡Y vos me decíais que no tenía nada que temer! ¡Borríco de mí! ¡Ir á hacer caso de vos! ¡Cuando yo vuelva á fiarme en ningún ciego!..

CLERMONT. ¡El ciego ve ya más claro que tú!

AGUSTIN. ¡Sí! Acabo de sorprender aquí al vizconde con Victorina.

CLERMONT. ¡No es verdad!

AGUSTIN. ¡Cómo que no! Y le estaba dando una carta.

CLERMONT. ¡No es verdad!

AGUSTIN. (Colérico.) ¡Por vida de!.. Si la tengo aquí..., miradla..., tomadla: ¿la tocáis?

CLERMONT. (Haciendo un movimiento convulsivo al tocar la carta.) ¡No es verdad! Esta carta no es para Victorina: lee, lee el sobre.

AGUSTIN. (Trémulo.) ¡No sé si podré! ¡Señor, tengo tan nublada la vista!

CLERMONT. (Impaciente.) Vamos, ¿lees? (Tiene la carta sujeta con las dos manos mientras Agustín procura leer.)

AGUSTIN. (Leyendo.) «A madama..., madama Clermont.»

CLERMONT. (Colérico.) ¡Mientes..., mientes! (Reprimiéndose y con tono blando.) No, Agustín..., pero te equivocas, ¿no es verdad? Míralo..., míralo bien.

AGUSTIN. Bien lo veo. ¡Vaya! ¡Con todas sus letras! «Ma... da... ma... Cler... mont.»

CLERMONT. (Aparte.) ¡No hay duda!

AGUSTIN. ¡Ay, qué consuelo, Señor! — ¿Pero cómo es esto? ¿Vos sabíais?..

CLERMONT. (Esforzándose á ocultar su conmoción.) Sí; es una carta que mi mujer y yo esperábamos... con impaciencia.

AGUSTIN. ¡Vaya, pues á los dos nos ha venido bien! (Aparte.) ¡Y yo que he maltratado á la pobrecilla! ¿Cómo haré ahora para desenfadarla?

CLERMONT. (Arrugando la carta.) ¡Ah, las tinieblas que me rodean no me han parecido nunca tan horribles como ahora! ¡Tengo la prueba..., aquí entre mis manos..., la estoy tocando..., me abrasa..., la tengo aquí... y no puedo cerciorarme..., no puedo saber hasta dónde llega su traición! ¡Estar seguro, y dudar aún! ¡Dudar... sin atreverme..., sin poderme convencer! ¡Ah, estos son demasiados miramientos: rompamos ya por todo! (Después de titubear un instante.) ¡Agustín!

AGUSTIN. Señor...

CLERMONT. Ven acá.

AGUSTIN. ¡Ah, señor, qué contento estoy!

CLERMONT. Esta carta... contiene una noticia..., una noticia importante.

AGUSTIN. ¿Para vos y para la señora?

CLERMONT. ¡Justamente! Y esa noticia..., estoy impaciente por saberla.

AGUSTIN. Es muy natural: cuando uno espera una buena noticia, siempre tiene prisa.

CLERMONT. Sí..., no tengo bastante calma para esperar á que venga mi mujer, y la curiosidad..., ya te haces cargo... (Esforzándose á reír.) ¡Un pobre ciego no es extraño que tenga esa debilidad: ya ves!..

AGUSTIN. ¡Por supuesto! ¿Y queréis que yo os la lea?

CLERMONT. Sí, amigo mío; hazme ese favor.

AGUSTIN. Con mucho gusto, señor. Antes habrá que abrirla... está cerrada con lacre. (Abrela.)

CLERMONT. (Repentinamente.) ¡Ah, envilecerla, deshonrarla á los ojos de sus mismos criados!

AGUSTIN. (Leyendo.) «Todo está pronto para el viaje: el coche estará á la hora convenida.»

CLERMONT. (Quitándole la carta.) No, no, es inútil..., no quiero que te tomes ese trabajo: mi mujer está ahí en su cuarto..., dile que venga... al instante... al instante, ¿entiendes?

AGUSTIN. Pero si la señora no está ahí..

CLERMONT. (Asombrado.) ¿Qué dices? ¿No está en su cuarto?

AGUSTIN. No, señor..., ni está en casa... ¡Si yo desde mi ventana la he visto salir hará cosa de media hora!

CLERMONT. ¡Salir!

AGUSTIN. Y lo extrañé mucho, porque como me habíais dicho que se quedaba... á acompañaros esta noche...

CLERMONT. (Disimulando.) Sí, me lo había ofrecido; pero cierto compromiso..., una visita... que tenía que hacer...

AGUSTIN. ¡Ah! ¿Sabéis dónde ha ido?

CLERMONT. Sí, sí, no hay cuidado... Volverá pronto..., puedes irte..., vete..., déjame.

AGUSTIN. No, señor, yo no puedo dejaros solo.

CLERMONT. No lo estaré más que un momento..., pocos minutos..., mi mujer vendrá al instante..., conque vete, vete á ver la ópera.

AGUSTIN. ¡Qué buen amo!

CLERMONT. Sí, amigo mío, sí..., me harás un favor..., quiero estar solo.

AGUSTIN. Como gustéis; y ya es tarde..., estará empezada: fortuna que el teatro está á dos pasos de casa. Conque hasta luego, señor.

ESCENA XIII

CLERMONT, solo

¡Se fué!.. Ya estoy solo, solo en esta casa, como en el mundo entero: abandonado de todos, como una carga inútil: objeto de desprecio, y en breve acaso de burla. ¡Ah! No..., no..., no me ultrajarán impunemente: yo me vengaré... (Deteniéndose.) ¿Y cómo? ¿Qué venganza puedo yo tomar? Me insultará, me deshonrará, me robará mi único tesoro, lo único que me quedaba en mi desgracia..., el amor de mi esposa; y si le pido satisfacción de su injuria y de mi afrenta... (Retorciéndose las manos.) ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Tendrá lástima de mí! ¡No querrá batirse: este pobre ciego no tiene derecho ni aun para hacerse matar! (Con más agitación y amargura.) ¡Y de qué te quejas tú, miserable! ¡Un hombre obscuro, un pobre artista, sin más bienes que su talento, si es que alguno tenía, atreverse en su orgullo á aspirar á la mano de una joven hermosa y noble! (Con sonrisa desde-

ñosa.) ¡Noble..., sí, de elevada cuna! ¡Y porque sacrificaste por ella tu juventud, tus fuerzas, tu salud, ahora, pobre y enfermo, esperabas agradecerla y que te amase! ¡Loco de mí! ¡Yo la amaba tanto! ¡Ah! ¡La amo todavía! ¿Y este amor de qué sirve? ¡De hacer su desgracia y la mía: mi existencia es para ella una carga pesada, insoportable! Y después de tantos sacrificios, uno solo me queda que hacerle, el de mi vida, que le volverá su libertad! Sí; basta de quejas, basta de amenazas: ella me echa del mundo, y yo me voy. ¡Nadie la acusará, ni yo mismo! Todos creerán que lo he hecho por desesperación de verme en este estado, y dirán: «¡Pobre hombre! Ha hecho bien.» (Levantándose.) Y tendrán razón: sí, estoy decidido: vamos., ¿pero cómo lo hago? Yo no tengo armas, y no puedo procurármelas por mí propio; no puedo hacer nada sin que me ayuden, ni ¡aun morir! ¡Ah! Esa ventana..., hacia allí está: sí, sí, dicen que es muy alta..., tercer piso. (Dirigese á tientas siguiendo la pared, y llega á la ventana.) ¡Ah! Aquí está. Gracias á Dios..., esta vez siquiera no necesitaré de nadie! (Trata de abrir la ventana.)

ESCENA XIV

CLERMONT, AGUSTIN

AGUSTIN. (Gritando dentro.) ¡Señor, señor!

CLERMONT. ¿Quién viene?

AGUSTIN. (Sale precipitado.) Yo, señor. ¡Ah, si supierais!..

CLERMONT. ¿De dónde vienes?

AGUSTIN. Del teatro. (Viene sin sombrero, con la corbata medio arrancada, rasgado el vestido, desgrefiado, etc.) Me han echado á empellones.

CLERMONT. ¿A tí?

AGUSTIN. A mí, en cuerpo y alma; y cuando sepáis por qué, os quedaréis patitieso como yo: no lo querréis creer: ¡si yo apenas lo creo todavía!

CLERMONT. (Impaciente.) ¡Eh! Acaba ó vete.

AGUSTIN. Pues señor, habéis de saber que echaban una ópera llamada *Il Barbier di Siviglia*..., así dice el cartel, ¡y había un gentío!.. ¡Ya, ya!

CLERMONT. ¿Acabarás?

AGUSTIN. ¡Pues señor, á lo mejor sale por allá arriba una dama vestida de maja, á la española, y lo mismo fué asomar empieza un palmoreo y unos gritos!.. Yo levanto la cabeza para mirarla... ¡Válgame Dios, lo que ví!..

CLERMONT. ¿Qué viste?

AGUSTIN. Yo empecé á gritar: «¡Señora! ¡Aquí estoy yo! ¡Señora!..» Y me subí en el banco para que me viera.

CLERMONT. ¿Quién?

AGUSTIN. ¡Ella misma! Pero amigo, enfádase aquella gente y empieza á gritar: «¡Silencio! ¡Fuera!» Y yo... «¡Señora!» Y ellos... «¡Fuera ese ganso! ¡Fuera ese bárbaro!» Y viendo que yo seguía gritando, abalanzanse sobre mí, y ¡cras!, uno me arranca el faldón: ¡pum!, otro me sacude un puñetazo: ¡crich!, otro me atiza un puntapié.: «¡A la calle! ¡Fuera, fuera!» Y... ¡patapuf! En menos que canta un gallo me encuentro en mitad de la calle hecho un eccehomo, y sin haber podido hablar á la señora.

CLERMONT. ¿Pero qué señora? Acaba, ¿qué señora?

AGUSTIN. Pues qué, ¿no os lo he dicho? ¡Dios mío! Era. . ¡Ah, miradla! ¡Ahí viene! ¡Ella es!

ESCENA XV

DICHOS, MATILDE, EL VIZCONDE detrás. (Matilde sale con el traje de Rosina de *El barbero de Sevilla*, y encima su capa.)

CLERMONT. ¡Ella es!

MATILDE. Sí, amigo mío... yo, aquí me tienes.

CLERMONT. ¡Matilde! (La acerca á sí, empieza á examinarla con las manos, y al reconocer el peinado y traje de Rosina en *El barbero*, cae á sus pies sollozando.) ¡Ah, esposa mía!

MATILDE. (Levantándole.) ¡Sí, mujer de un artista! ¿Lo crees ahora?

CLERMONT. ¡Ah! ¿Qué has hecho? ¿Qué sacrificio has hecho? ¡Esto es demasiado! Nunca hubiera yo consentido...

MATILDE. Lo sabía..., por eso te lo he ocultado; y para llevar á cabo mi empresa, me valí de una persona que me ha servido generosamente de guía y protector, de un joven honrado.

VIZCONDE. (Tomando la mano de Clermont.) Que había cometido una falta con vos, y ha querido repararla.

MATILDE. (Tomando la carta que Clermont la presenta.) Y esta carta del vizconde lo manifiesta: él ha dispuesto nuestro viaje para mañana: mañana marchamos á Berlín, donde recobrarás la vista.

CLERMONT. (Al vizconde.) ¡Ah, venga esa mano! Pero la suma que pide el doctor...

MATILDE. Podemos pagarla: la artista ha reunido ya un capital como el que tú reuniste otro tiempo para salvarme; ha llegado mi vez.

CLERMONT. ¡Ah, en tus brazos!.. ¡En tus brazos!.. (Arrójase en ellos.)

ESCENA XVI

DICHOS, VICTORINA, apresurada

VICTORINA. Señora, venid pronto: el entreacto se va haciendo largo y el público se impacienta por ver á Rosina.

MATILDE. Vamos.

CLERMONT. ¿Adónde?

MATILDE. A cantar el segundo acto de *El barbero...*, esta noche es la última, y desde mañana quedo libre por seis meses; vamos, vamos pronto. (Arropándose con su capa.)

CLERMONT. ¡Qué hermosa debe estar con ese traje! ¡Que no pueda yo verla!

MATILDE. Pronto, querido mío, pronto me verás. ¡Dentro de cinco días estaremos en Berlín! Adiós. (Vase seguida de Agustín.)

VIZCONDE. ¡Y yo me quedo en París!

CLERMONT. (Al vizconde y á Victorina.) Amigos míos, venid; guiadme..., llevadme...

VIZCONDE y VICTORINA. ¿Adónde?

CLERMONT. (Con entusiasmo.) ¡A oírla cantar! (Cae el telón.)

FIN DEL TOMO II

INDICE

	PÁGINAS
<i>Llueven bofetones</i> , comedia en dos actos, arreglada al español.	5
<i>A muerte ó á vida ó la escuela de las coquetas</i> , comedia en tres actos, arreglada al español.	35
<i>Bruno el tejedor</i> , comedia en dos actos, arreglada al español.	77
<i>El tío Tarariva</i> , comedia en un acto, arreglada al español.	103
<i>La sociedad de los trece</i> , pieza cómica en un acto, arreglada al español.	127
<i>Quiero ser cómico</i> , apropósito dramático.	149
<i>El gastrónomo sin dinero, ó un día en Vista Alegre</i> , comedia en un acto, arreglada al español.	177
<i>Una boda improvisada</i> , comedia en un acto, arreglada al español.	195
<i>Amor de madre</i> , drama en dos actos, arreglado al español.	213
<i>La familia improvisada</i> , juguete cómico en un acto, arreglado al español.	241
<i>El testamento</i> , drama en un acto, traducido del francés.	261
<i>El héroe por fuerza</i> , drama cómico en tres actos, arreglado al español.	277
<i>Otra casa con dos puertas</i> , comedia en tres actos, arreglada al español.	313
<i>La mujer de un artista</i> , comedia en dos actos.	351